

EL PALACIO DE CRISTAL

En el reino del silencio de la soledad y la tristeza, escondido y refugiado existe un castillo todo de cristal, con ventanas de diamantes y puertas de fino coral.

Todos los habitantes lo conocen y todos quieren entrar.

En él habita una reina de belleza sin igual.

Muchos son los que llaman a sus puertas y le suplican poder pasar, pues ansían con todas sus fuerzas ver lo que alberga el palacio de cristal, pues si por fuera es de gran belleza por dentro lo será más.



La reina siempre les dice, que para poder entrar deben ofrecerle algo que a ella el alma le pueda llenar.

Un día cuando el sol se reflejaba en las paredes de fino cristal, produciendo un enorme resplandor, que desde el más lejano horizonte se divisaba el destellante fulgor. Al palacio se acercó un apuesto caballero, y golpeó con fuerza el imponente portón, entonces se oyó desde el interior una solemne voz que producía un suave eco, que calmaba el ímpetu del osado caballero. Era la bella reina quien hablaba y le pidió como siempre algo para saciar su alma.



Él le ofreció por todo el mundo viajar y vivir aventuras que no olvidará jamás.

Pero el tiempo perdió, pues la puerta de fino coral jamás se abrió.

El apuesto caballero, se fue muy enojado porque no entendía que era lo que la reina tanto quería.



Otro día el más rico del lugar por allí se acercó, era muy delgado, vestía con traje de chaqueta, e iba bien perfumado. Fue muy decidido y muy convencido de alcanzar lo que nadie hasta entonces había conseguido, y a la puerta llamó con mucha educación, y la dulce voz se escuchó, y el rico señor le ofreció todas la inimaginables riquezas, el mundo bajo sus pies, todo lo habido y por haber, todo lo que su majestad desee, le dijo inclinándose muy cortes, pero... la puerta jamás se abrió, y cabizbajo y sorprendido a su hogar regresó, pues qué más podría ofrecer, si ni todo el oro del mundo se digna a coger.

Todos se preguntaban que sería lo que podría llenarle el alma a su excelsa majestad.



Otro día llegó a las puertas del majestuoso palacio una joven bailarina, que animaba fiestas y bailaba al son de cualquier melodía.

Ella a la reina le ofreció asistir a infinidad de alegres fiestas como invitada principal, y aprender a bailar cualquier compás, y se divertiría de tal forma que la pena jamás su corazón asaltaría.

La alegre bailarina esperó mientras observaba la belleza y grandeza de las puertas de coral, estuvo esperando tres largos días, pero cansada y sin esperanza alguna, la tristeza le inundó el corazón, porque la puerta de coral jamás se abrió.

Todos los habitantes no lo intentaron más, pues ¿qué extraordinaria cosa querría su majestad?.

Un niño de unos 7 años de edad, llamado Blas, “el periquillo” muy decidido quiso probar. Todos al enterarse, le decían.

-Pero tú donde vas, si no tienes nada que ofrecer-, mientras se burlaban de él, pero el niño no escuchó y al palacio se acercó, llamó a la puerta y con solemne y dulce voz se oyó decir:

¿Qué me ofreces criatura? pues el alma me ha de llenar.

Yo te ofrezco, contestó con pueril voz, cosas sencillas pues no tengo nada más, como despertar en la mañana y el canto de los pájaros poder escuchar, la sonrisa de un amigo, tener una familia donde poderte cobijar y sobre todo salud para de todo ello disfrutar.

De repente una música celestial comenzó a sonar y se abrieron por fin las preciosas puertas de coral, y la bella reina tras la puerta apareció, pero sorprendentemente no llevaba corona, ni vestía de



manera lujosa ni ostentosa, era una reina humilde y sencilla, y reflejaba bondad en su sonrisa, y el niño boquiabierto accedió dentro del palacio de cristal. Estaba pletórico, su corazón palpitaba, y una sensación maravillosa le agitaba, era inexplicable, era mágico.



La reina le dio un beso en la frente, y le cogió la mano, él la contemplaba, era la belleza más pura que jamás había visto, irradiaba una luz blanca que hipnotizaba y extasiaba.

Condujo al niño hacia una de las estancias, y lo sentó en su regazo, y el pequeño con voz titubeante y emocionada, a su linda majestad el nombre le preguntó, y ella con tierna mirada sus ojos en

él clavó y con una leve sonrisa al niño le contestó, **yo me llamo FELICIDAD.**

